

Dése por repetido lo de Somoza para Luis XVI de Francia y se estará en lo justo.

Necker, obtuvo, además, la abolición de la pena de muerte por robo de caballos conforme á la ley flamenca, y que en las cárceles se separasen los prisioneros por deudas de los detenidos por otras clases de delitos, pero no pudo hacer más que prometer la abolición de los calabozos subterráneos, resto de la inhumanidad de los tiempos medios.

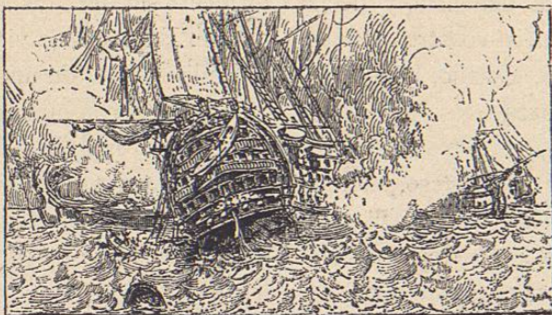
Pero existían otras propiedades sobre las que también era necesario que pasara el ojo de un fiscal hacendista, así instituyó una comisión encargada de examinar las peticiones que se hacían sobre supresión, unión y traslación de títulos de beneficios y bienes eclesiásticos, y como se puede comprender esta comisión creada por decreto de 10 de Marzo de 1780, no había de ser de las que creasen menos hostilidades contra un ministro *protestante*.

Necker ya se atrevió á cosas más trascendentales cuando sintió que había desarmado á sus adversarios y que lo mismo los economistas que los filósofos estaban dispuestos y resueltos á apoyarle. En efecto, inspirándose en los planes y proyectos de Turgot, puso resueltamente la mano sobre las instituciones políticas procurando extender las Asambleas provinciales que á título de ensayo había establecido en el Berri por disposición de 12 de Julio de 1778. Estas asambleas se componían de doce eclesiásticos, doce nobles y veinticuatro miembros del Tercer estado, doce por los centros urbanos y doce por las poblaciones rurales bajo la presidencia en el Berri del arzobispo de Bourges, encargada de

la repartición de los impuestos directos en la provincia, de su catastro ó estadística, de la construcción de los caminos y establecimientos de caridad, y de todos los demás servicios que el rey tuviera á bien confiarle. El rey estaba representado en ella por dos comisionados.

Las votaciones se hacían por individuo y no por orden, de modo que el Tercer estado obtenía ya lo que se llamaba su *doublement*, innovación que los privilegiados rechazaban pues por el doblamiento el Tercer estado podía poner en jaque las resoluciones de la nobleza y del clero. Sin embargo, de momento no se hizo oposición. La oposición estallará en circunstancias mucho más graves y solemnes.

El ensayo de la Asamblea provincial del Berri dió, como era de esperar, buenos resultados, pues su primer efecto era el de sustraer la generalidad á la odiosa administración de los intendentes, y, por consiguiente, la pequeña propiedad y las clases populares gozaban de una administración que sentía, tocaba y participaba de sus necesidades, por esto otras generalidades obtuvieron sus asambleas no por haberlas concedido el rey por su iniciativa, sino por haberlas reclamado, ejemplo Grenoble, Montauban, Moulins, mas para que este movimiento no ganara todas las ciudades, como para constituirse, era el rey quien nombraba diez y seis personas que luego se añadían por nombramiento suyo otras treinta y dos, se tuvo maña para elegir individuos que desde luego renunciaran al beneficio de tales asambleas y así se fué preparando la caída de Necker.



La escuadra española se apodera de un gran convoy inglés



CAPITULO V

CAIDA DE NECKER

(CONCLUSION)

Cómo se preparó la caída de Necker.—Oposición de la corte.—Últimas reformas de Necker.—Actitud de Maurepas.—Su indigna conducta.—Las memorias de Vergennes.—El *billete* de dimisión de Necker.—Efecto de su caída.—La reacción.—Reglamento militar del conde de Segur.—El Parlamento y el abate Raynal.—La reacción en la magistratura: el presidente Dupaty.—El sucesor de Necker.—Gobierno personal de Luis XVI.—Las luchas de los parlamentos provinciales del Franco Condado y de la Bretaña.—Asambleas del bajo clero en Provenza y Delfinado.—Luis XVI las disuelve.—La paz con Inglaterra.—Resultados de la guerra de América.

NECKER no pudo ya ocuparse en vencer esta interesada resistencia fruto de las intrigas de sus enemigos, porque la duración de la guerra y los despilfarros de la marina habían consumido todos sus empréstitos, y como aquella no daba resultados ni satisfacía á nadie, ni se esperaba una paz favorable, el dinero se retraía, y Necker no sabía ya en donde colocar sus empréstitos.

Como Necker creía que los recursos naturales de Francia podían consentir que se empeñasen sus presupuestos futuros sobre los que tomó 155 millones, se convenció muy pronto de que la única manera de ganar la confianza pública que había, era de presentar á la nación el estado de la Hacienda, peligrosa novedad, pues con ella se iban á poner al descubierto las gangrenadas llagas del antiguo régimen cuya curación habían de reputar desde luego incurables los hombres experimentados de la época. El rey vaciló por algún tiempo, pero haciendo de la necesidad virtud, consintió en que se divulgase el *secreto de la hacienda* como entonces se decía, y el año 1781 vió la luz la Memoria de Necker sobre el

estado de la hacienda de Francia: *Compte rendu des finances*.

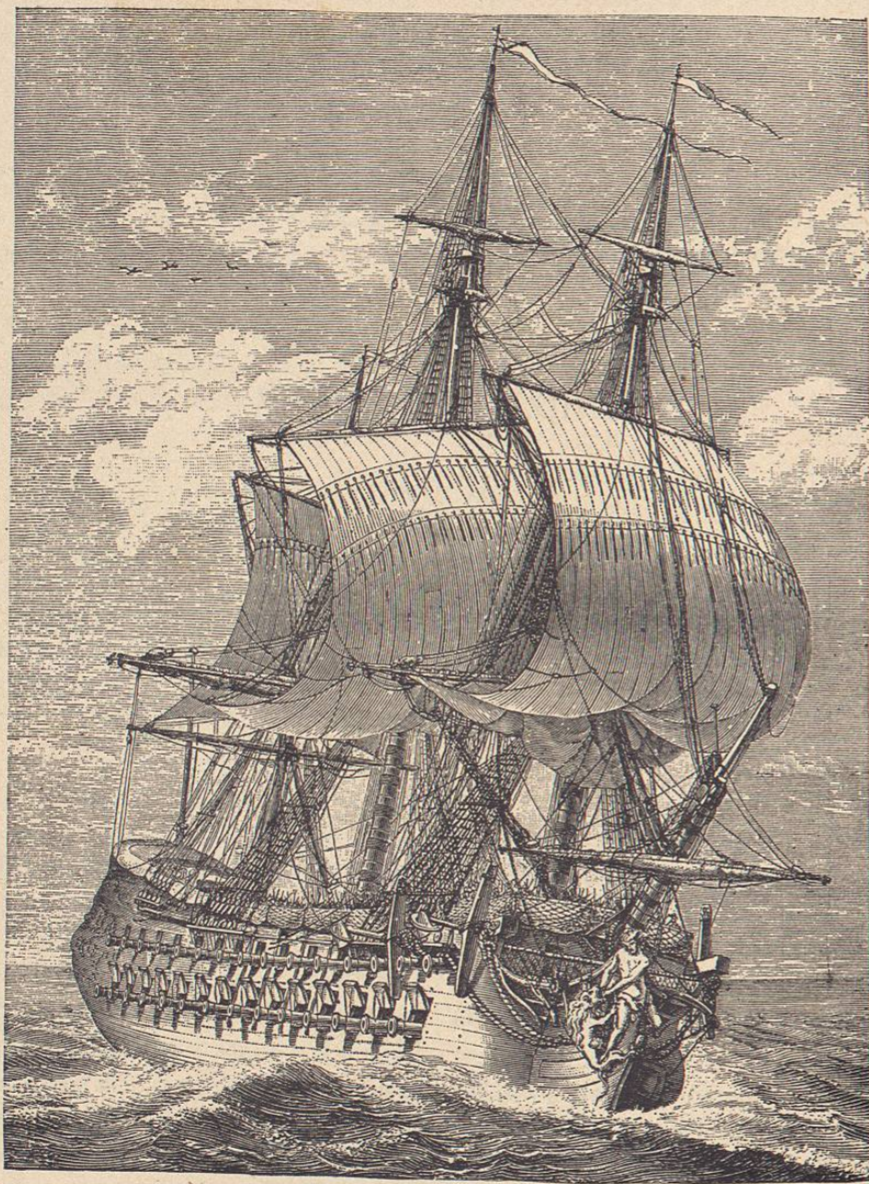
Martin dice que el efecto de la publicación de esta Memoria fué prodigioso, pues la nación que hasta entonces ignoraba los subsidios que suministraba á la corona, y la relación en que estaban los gastos con los ingresos, y la suma de los compromisos contraídos por el Estado, se impuso de su situación y aceptó gozosa todas aquellas cifras, que adoptó de buena fe, como sin duda de buena fe las publicó Necker, pero que contenían errores y equivocaciones monstruosas, efecto de la desorganizada administración de la hacienda pública por la complicación de sus organismos que en vano Turgot y Necker pugnaban por reducir á su debida simplicidad.

Claro está que no dejó de notarse que Francia gastaba sólo en pensiones 28 millones, nada menos que el doble de las que habían concedido en su tiempo todos los reyes de Europa juntos, pero este y otros despilfarros tenían sobre sí la amenaza de su reducción y esta amenaza bastaba para que se

tuviera omnímoda confianza en el hombre que acababa de inaugurar el sistema de la publicidad, en el hombre que no quería ya gobernar sino con la opinión pública. Esta se creyó obligada á condescender á la confianza que había merecido de Nec-

ker y éste uno tras otro pudo realizar empréstitos por 236 millones.

Necker, como hoy se dice en el mundo político, fué puesto en estudio en medio del apogeo de su gloria y de su fortuna. Su Memoria era despedazada



Marina de guerra del siglo XVIII

por los que descubrieron el artificio con que estaban dispuestas sus columnas de números, no con ánimo de dañar á Necker, sino con el noble propósito de pedir severas reformas en una administración que corría por efecto mismo de los empréstitos de Necker á la bancarrota. Pronosticábase una crisis tan tremenda como la de Law, y se decía que las cédulas y letras de los empréstitos de Necker, serían protestadas por el poder público como lo fueron los billetes de Law por sus bancos, y que la agitación

de la calle de Quincampoix renacería, y que el agiotaje de los nuevos y calamitosos días que se acercaban, no sería sino el prelude de una ruina general. Pero aún cuando todo esto era exacto y previsor, la opinión pública continuaba sosteniendo á Necker, pues como éste, si en sus detalles ocultaba más ó menos la verdad, consciente é inconscientemente, en sus preámbulos lo decía con toda claridad y en voz alta anunciando reformas y mejoras para extirpar todos los abusos, se esperaba que

estos no habían de tardar en venir por lo mismo que eran urgentes, y así resultaba que los impacientes lo mismo que los que negaban que pudieran venir fundándose en lo que era la corte y el sistema de gobierno vigente, eran mal vistos por la generalidad, tachándose de insensatas é impertinentes sus observaciones, áun aquellas que hacían con los mayores miramientos. Y, sin embargo, estos estaban en lo justo, y no tardaron los acontecimientos en darles la razón. Por esto el desencanto fué terrible.

La corte y los partidarios del antiguo régimen comprendieron desde luégo que la divulgación del

secreto de la Hacienda había sido una insigne tontería, pues era introducir en el interior de la casa, de la familia, á todo el mundo. Era necesario echarse atrás á toda prisa para prevenir que el desbocado carro del antiguo régimen no se lanzase al fondo del precipicio por cuyo borde marchaba. Así, sin previo concierto, como sucede siempre cuando son muchos los amenazados, se rehizo la liga que había acabado con Turgot para deshacerse del ministro extranjero, protestante y republicano, cuando Necker si tenía mucho de lo segundo había olvidado su patria por la Francia y con la patria sus institu-



General HORACIO GATES

ciones. Necker era tan absolutista como Vergennes, un absolutismo «ilustrado» como se dirá años después y en el nuevo siglo, lo mismo en Francia que en España.

Claro está que esta vez la reina y su sociedad particular ó su corte ó casa ó como quiera llamarsele no tomaba parte en la conspiración. La reina estaba satisfecha de Necker, éste se había apoyado siempre en ella, y su apoyo no le había faltado nunca. Como que Necker no tuvo jamás cerrado el tesoro público á María Antonieta. Así sucede que para enterarnos del despilfarro de la corona no tenemos más que acudir á los familiares de la reina, Besenval nos dice en sus *Memorias*, «que las depredaciones de los grandes señores que están al frente de los gastos de la casa del rey son enormes, inaguantables....» Y hasta acusaron al mismo Necker, como puede verse igualmente en las dichas *Memorias* de Besenval, por sus complacencias con el rey, más fuerte aún, por sus «envilecimientos», «cuando tales señores no son de temer, y que su opinión no mere-

ce entrar en consideración, en especulación alguna política.» Así pensaba la satisfecha sociedad de la reina, así escribía, y por consiguiente se puede pensar como hablaría. La corte eran ya dos mundos separados por un Océano. La casa del rey bien ó mal se preocupaba de la cosa pública. La casa de la reina se encontraba en el mejor de los mundos posibles y lo único que no quería eran variaciones. Y esto lo quería tan fuertemente, que ya no ha de variar en las costumbres que ha adquirido durante la administración de Necker cuando todo va á mudar con una increíble velocidad.

Cuanto pues se publicó á propósito de la *Memoria* de Necker, en su descrédito, ó en contra de las instituciones, cómo deducción de sus divulgaciones, todo llegaba hasta al rey, llegándole á infundir un verdadero pavor. Maurepas, que después de todo tenía su parte de responsabilidad con sus malignos epigramas, aumentaba la turbación del pobre rey, á quien se le había hecho creer que con la publicación de la *Memoria* de Necker iba su reinado á contarse